

Jesús curaba toda clase de enfermedades y dolencias de la gente

para M. de'Esperança Amill Rocamora

«Jesús recorría toda Galilea enseñando en las sinagogas judías. Anunciaba la buena noticia del Reino y curaba toda clase de enfermedades y dolencias de la gent.» (Mt 4,23)

Mt 4,23, a modo de sumario de la acción mesiánica de Jesús, describe los tres elementos constitutivos de su ministerio en Galilea —enseñar, anunciar el Evangelio del Reino y curar—. Jesús actúa como maestro, mensajero del Evangelio y terapeuta; tanto sus palabras como sus obras manifiestan la acción salvífica de Dios.

Las curaciones de Jesús concretan de forma sensible y tangible el reinado de Dios. Jesús no tan sólo enseña y anuncia la buena noticia del Reino sino que cura toda clase de enfermedades y dolencias de la gente. Las curaciones muestran, ratifican que Jesús está verdaderamente autorizado para proclamar e inaugurar el reino de los cielos, para actuar en el tiempo salvífico que ya ha llegado: «los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres se les anuncia la buena noticia» (Mt 11,5). Estas curaciones son señales de que el Reino de los Cielos ha empezado ya en la tierra. Son signos de que el mundo de Dios, con su fuerza salvadora, ha irrumpido en nuestro mundo humano. El que acoge con fe la proclamación de Jesús se convierte en hijo y heredero del Reino.

El evangelio según Mateo ha reunido en una sola sección (8,1-9,34) nueve acciones prodigiosas que ilustran la actividad terapéutica de Jesús, la mayoría de las cuales son curaciones de personas enfermas o imposibilitadas, tanto del cuerpo como del espíritu. La sección agrupa de tres en tres estas acciones.

El Mesías en hechos (8,1-9,34): sección de las curaciones

- a - Curación de un leproso (8,1-4)
- a - Curación del criado de un centurión –pagano, extranjero– (8,5-13)
- b - Curación de la suegra de Pedro –una mujer– y de otros enfermos (8,14-17)
- b - Seguir a Jesús: el caso de un maestro de la Torah (8,18-22)
- a - La tempestad calmada (8,23-27)
- a - Curación de dos endemoniados de Gadara –territorio no judío– (8,28-34)
- a - Curación de un paralítico (9,1-8)
- b - Seguir a Jesús: el caso de Mateo, un publicano (9,9-13). El ayuno (9,14-17)

- | | |
|---|---|
| a | <ul style="list-style-type: none"> - Curación de una mujer con hemorragias i retorno a la vida de una muchacha (9,18-26) - Curación de dos ciegos (9,27-31) - Curación de un mudo poseído por un demonio (9,32-34) |
|---|---|

La primera agrupación incluye la curación de un leproso (8,1-4), la curación del asistente de un centurión (8,5-13) y la curación de la suegra de Pedro y de otros enfermos (8,14-17).

Detengámonos en Mt 8,5-13, el texto de la curación del criado del centurión. *«Cuando Jesús entró en Cafarnaún, se acercó a él un centurión oficial del ejército romano suplicándole:*

— Señor, tengo a mi sirviente en casa paralítico y está sufriendo dolores terribles.

Jesús le dijo:

— Yo iré y lo curaré.

Pero el centurión le respondió:

— Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa. Pero una sola palabra tuya bastará para que sane mi sirviente. Porque yo también estoy sujeto a mis superiores, y a la vez tengo soldados a mis órdenes. Si a uno de ellos le digo: “Vete”, va; y si le digo a otro: “Ven”, viene; y si a mi sirviente le digo: “Haz esto”, lo hace.

Jesús se quedó admirado al oír esto. Y dijo a los que lo seguían:

— Os aseguro que no he encontrado en Israel a nadie con una fe tan grande como esta. Y os advierto que vendrán muchos de oriente y occidente y se sentarán a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos. En cambio, los que primero fueron llamados al Reino serán arrojados afuera, a la oscuridad. Allí llorarán y les rechinarán los dientes. Luego dijo Jesús al oficial:

— Vete a tu casa y que se haga como creíste.

En aquel mismo momento, el sirviente quedó curado» (Mt 8,5-13)

Nos encontramos ante una situación insólita: el centurión pagano de Cafarnaún, un extranjero, sale al encuentro de Jesús, el profeta judío. Le pide la curación de su criado (el término griego *παῖς* también puede leerse como “hijo/joven”), que yace en casa paralítico y sufre terriblemente.

La respuesta de Jesús expresa su disposición por acudir a casa del enfermo, pese a las reticencias que tenían los judíos de entrar en casa de un pagano: Entrar significaba transgredir las normas de pureza ritual exigidas por la Torah de Moisés.

Quizá por eso, en la versión de Lucas (7,1-10), Jesús es acompañado a casa del centurión por los dirigentes religiosos de Cafarnaún. De hecho, el propio centurión es consciente de las dificultades que entraña su petición. Pero es un

hombre lleno de confianza en la palabra de Jesús y le mueve el cariño que profesa a su criado. Por eso insiste cerca de Jesús, diciéndole que basta tan solo una palabra suya para vencer la enfermedad del criado. Las palabras del centurión ponen al descubierto los sentimientos de humildad de aquel hombre y su absoluta confianza en la fuerza de la palabra de Jesús. Para un militar el argumento está claro: él conoce bien el valor y la autoridad de una palabra, de una orden dada a sus soldados. No duda, pues, de la palabra de Jesús. No hace falta que éste entre en su casa.

Jesús alaba públicamente la fe de aquel hombre, un extranjero, que en esto supera a los propios hijos del pueblo de Israel. La fe inagotable del centurión anuncia una paradoja. Los patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob, los padres del pueblo escogido tendrán por compañeros de mesa personas provenientes de todos los pueblos. Del Reino, en cambio, pueden quedar excluidos aquellos que ahora escuchan la palabra de Jesús, pero no lo aceptan. El centurión, en cambio, acoge a Jesús desde la humildad. Por eso, sin saberlo, tiene un futuro esplendoroso frente a él: vivir como hijo del Reino para siempre.

El elogio de Jesús al centurión pagano por su fe es el elogio a todos aquellos que en nuestro mundo buscan a Dios. Muchas veces no les llega la palabra salvadora del Evangelio por los obstáculos interesados o por el ruido de tantos mensajes banales como existen en nuestra sociedad. Hay para los cristianos el riesgo de mantener el evangelio, palabra de vida, encerrado en el vallado de nuestro contexto eclesial, como si se tratara de una herencia que no queremos o no sabemos compartir. El evangelio, sin embargo, debe comunicarse. La Iglesia se siente heredera del encargo misionero del Señor resucitado: «Id, pues, y haced discípulos míos a los habitantes de todas las naciones» (Mt 28,19). Pero el evangelio se vive gracias a una fe sostenida por los sacramentos, en particular por la eucaristía.

La liturgia eucarística recoge las palabras que el centurión dirigió a Jesús; antes de acercarnos a recibir el Cuerpo y la Sangre de Jesús, el Señor, antes de acogerlo en casa recitamos: «Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa. Pero una sola palabra tuya bastará para sanarme.» La Eucaristía es un don que va mucho más allá de nuestra debilidad y de nuestra indignidad.

Una fe como la del centurión, que Jesús alaba, está hecha del reconocimiento de las propias carencias y de una gran confianza en la persona de Jesús. Él, el Hijo de Dios, nos hace probar el entrañable amor del Padre.

La segunda agrupación de acciones prodigiosas que ilustran la actividad terapéutica de Jesús incluye el relato de la tempestad calmada (8,23-27), la curación de dos endemoniados de Gadara –en territorio no judío— (8,28-34) y la curación de un paralítico (9,1-8).

La tercera agrupación incluye la curación de una mujer con hemorragias y retorno a la vida de una muchacha (9,18-26), la curación de dos ciegos (9,27-31) y la curación de un mudo poseído por un demonio (9,32-34).

Detengámonos ahora en Mt 9,18-26. El texto se compone de dos relatos de milagros, el de la curación de una mujer que sufre hemorragias intercalado en el relato del retorno a la vida de la hija de un dignatario.

Mientras Jesús les estaba diciendo estas cosas, se le acercó un dignatario que, arrodillándose delante de él, le dijo:

— Mi hija acaba de morir; pero si tú vienes y pones tu mano sobre ella, volverá a vivir.

Jesús se levantó y, seguido de sus discípulos, fue con él.

En esto, una mujer que padecía hemorragias desde hacía doce años, se acercó por detrás a Jesús y tocó el borde de su manto, pues pensaba para sí misma: “Con sólo tocar su manto, me curaré”. Pero Jesús se volvió y, al verla, le dijo:

— Ánimo, hija, tu fe te ha salvado.

Y en aquel mismo instante la mujer recuperó la salud.

Cuando Jesús llegó a casa del dignatario y vio a los flautistas y a la gente que se lamentaba, dijo:

— Salid de aquí. La muchacha no está muerta; está dormida.

Al oír esto, todos se rieron de Jesús; pero él, después que salió la gente, pasó adentro, tomó a la muchacha por la mano y ella se levantó. Y la noticia de este suceso se extendió por toda aquella región.

Os invito a centrar nuestra atención unos minutos en el relato de la curación de la mujer que sufre hemorragias, leyendo también el texto paralelo del evangelio de Marcos (Mc 5,24b-34).

El evangelista no nos da el nombre de la mujer, pero sí nos remarca el sufrimiento que sufre y la firmeza en su decisión de tocar a Jesús. Jesús, de entrada, es presentado jugando un rol pasivo en la escena; la fuerza de la narración no se centra en el poder de Jesús para hacer milagros, sino en la mujer que toma la iniciativa y, como resultado, recibe el efecto del milagro.

¿Quién puede conocer mejor que ella misma el sufrimiento inmenso que sufre la mujer? Lo que le supone la enfermedad a nivel físico sólo ella puede saberlo. Lo que le supone la enfermedad a nivel relacional y de la vida cotidiana familiar, sólo su círculo más cercano puede saberlo. Pero el evangelista parece conocer la intimidad de esta mujer y se hace suyo el sufrimiento de ella, un conocimiento y un sufrimiento que quiere compartir con el lector. El lector, además, por el contexto religioso en el que vive la mujer, sabe que el estatus de la mujer la hace impura según la Torah y conoce las implicaciones que esto conlleva en la vida social y religiosa de la mujer.

El relato de la curación de la mujer que sufría pérdidas de sangre, que se halla insertado en el episodio del retorno a la vida de la hija de un dignatario, presenta las características típicas de un relato de milagro, donde se acentúa el poder curativo de Jesús que llega a la enferma mediante el tacto.

Según la Torah, la mujer es fuente y foco de impureza (Lv 15,19-27). Las implicaciones de la Torah para la mujer que sufre pérdidas de sangre condicionan toda su vida, su propia existencia. Esta mujer es legalmente impura como consecuencia de su enfermedad y, por tanto, forma parte de los grupos marginados dentro de la sociedad de Israel. Más aún, la mujer es imagen del pueblo infiel que ha profanado el nombre del Señor (cf. Ez 36,17) y, como tal, mantenida en situación de inferioridad y marginación por los círculos rigoristas del pueblo judío, apartada del pueblo escogido.

Como leemos en el libro de Ezequiel, los preceptos son del Señor y Él mismo los dio a conocer a su pueblo, unos decretos que dan vida a quien los cumple (cf. Ez 20,11). Pero en el relato del cual hablamos, el evangelista nos muestra un caso, el de la mujer que sufría pérdidas de sangre, en el que la Torah y los mandamientos que el Señor ha escrito y ha dado a Moisés para instruir a los israelitas se han convertido en letra muerta, letra que priva la vida. Las normas sobre la pureza y la impureza rituales, dictadas para respetar la santidad del Señor, santidad entendida como comunión del hombre con el Dios santo y que todo lo santifica, se han convertido para la mujer en declaración de impureza, letra que la priva de vida: la mantiene apartada de la familia, marginada del pueblo, alejada de Dios.

Jeremías nos dice que es la Torah escrita por Dios en los corazones la que da vida (cf. Jr 31,33b). Pablo nos dirá que la fuerza de la vida, no la da la piedra o el material donde se escribe la Torah ni siquiera la carne o la sangre, ni la tinta, ni la escribió sin la intervención de Dios (cf. 2Co 3,5); la fuerza de la vida la tiene y la da el Espíritu (cf. 2Co 3,3).

Ante la contraposición manifiesta en el caso de esta mujer anónima entre lo que dicta la Torah y el don de la vida, el evangelista, en el relato que leemos, nos muestra cómo esta mujer no se deja anular por la Torah, no se resigna a vivir según lo que le dicta la Torah, no se resigna a vivir sin familia, ni marginada del pueblo, ni aún menos privada de Dios.

La mujer había oído hablar de Jesús y en su interior sabe que él puede curarla, sabe que la alternativa de vida comienza con Jesús: «Sólo que le pueda tocar la ropa, será salvada». La mujer, movida por su sufrimiento y, al mismo tiempo, por su convencimiento, toma la iniciativa de «tocar» a Jesús, pero sabe que es Él quien tiene la fuerza sanadora, la salvación le vendrá por Jesucristo, Él será el autor, por eso piensa: «seré salvada». El milagro de Jesús, en este relato, consiste en dejarse tocar por la mujer, ofreciéndole un contacto purificador.

En medio de la gente la mujer se le acerca. No pide directamente la curación a Jesús; se limita a acercársele por detrás, de forma incógnita, discretamente. En otras circunstancias, es Jesús quien toca para curar; aquí ocurre lo contrario, es Jesús quien es tocado por la enferma que busca la curación. Es un "tocar" *ἤψατο* "por detrás" *ὀπισθεν*, un tocar indirecto, porque "tocar la ropa", tal y como pensaba la mujer, era suficiente para recibir la fuerza sobrenatural sanadora que poseía el taumaturgo. La interpretación mágica de la forma de proceder con la que podría quedarse el lector, será corregida en breve por el evangelista y el lector sabrá que la fuerza sanadora está determinada por la fe (v. 22). Por el momento, en el v. 21 el narrador nos hace comprensible el acontecimiento, nos da a conocer qué pensamiento, qué motivación tuvo la mujer para tocar el manto de Jesús: «Sólo que le pueda tocar el manto, seré salvada» *σωθήσομαι*, seré curada de mi enfermedad. La mujer confía en el poder sanador de Jesús, el verbo en pasiva seré salvada, expresa su certeza en el resultado esperado.

La curación de la enfermedad va unida a la salvación de Dios. Jesús, que encarna y manifiesta concretamente la acción salvífica de Dios, sin hacerle ningún reproche, dice a la mujer: «Hija, tu fe te ha salvado». El lector y todos los presentes en la escena tienen ya la «demostración», la confirmación del milagro. Más aún, la mujer es a la vez sujeto paciente de la curación y testigo del milagro. La mujer anónima que emerge de entre la gente de forma incógnita al inicio del relato y que se diluye de nuevo entre la gente al sentirse curada, es llamada «hija» por Jesús.

La mujer, por su enfermedad, está en estado de impureza. Según lo establecido en la Torah, todo lo que ella toque quedará igualmente en estado de impureza. La mujer, Jesús, el lector y todos los presentes en la escena, concedores de la Torah, lo saben. Pero ella, con toda intención, hace el gesto de «tocar» a Jesús y Él se deja tocar por la mujer. De Él sale una fuerza sanadora que comunica vida y ese «tocar» toma un sentido totalmente distinto. La salvación se expresa en el nivel de contacto personal. Aquel gesto de la mujer enferma que según la Torah debía dejar a Jesús en estado de impureza, se convierte en un gesto salvífico: Jesús la cura y ella puede convivir nuevamente con la familia y entre el pueblo; más aún, Jesús santifica a la mujer, la hace capaz nuevamente de estar en comunión con Dios. La salvación se expresa en el nivel del contacto personal: la mujer toca el manto de Jesús y se sabe inmediatamente curada (cf. Mc 5,29), a la vez que Jesús siente la fuerza sanadora que emana de su interior (cf. Mc 5,30) y que se ha comunicado a través de su vestido. Jesús y la mujer «conocen en su cuerpo», «en su intimidad», la acción salvífica.

Sólo quien es capaz de «tocar» intencionadamente a Jesús será capaz de percibir y beneficiarse de la «fuerza» que emana de su interior, será capaz de

conocer íntimamente a Jesús, de entrar en el misterio de Jesús, de conocer «quién es Jesús».

El evangelista deja bien claro que la curación de la mujer no es el resultado de una acción de tipo mágico, la fuerza sanadora viene determinada por la fe. La fe es la condición esencial para que sea operada la curación que a su vez lleva la salvación. La mujer confía plenamente en el poder sanador de Jesús, cree en Jesús, tiene la certeza de que por Jesús será salvada. Y es por la fe que ocurre el milagro. La mujer enferma y marginada ha sido salvada movida por la fe, la mujer anónima se ha convertido en «hija» y se ha convertido en ejemplo, en modelo de fe y de discípulo para los oyentes presentes en la escena y para todos los lectores del evangelio.

Jesús, ratificando la significación de la fe como medio para obtener la salvación que Él ofrece y reconociendo a la mujer como «hija», manifiesta abiertamente ante todos que Él es el Hijo de Dios, el siervo sufriente que se hace suyo el sufrimiento de quienes sufren, que se deja tocar por quienes están atormentados y marginados, el enviado para rescatar también a quienes viven bajo la Torah para devolverles la vida que les ha sido negada y devolverles la dignidad que les otorga la condición recibida de hijos de Dios.